

HUELLAS ESPAÑOLAS

POR

CARLOS PRIETO

SENDAS DE ILUSION

I

Un cuatricentenario en el suroeste de los Estados Unidos.—Un monumento a la gloria de España.—Alvar Núñez Cabeza de Vaca; el caminante más extraordinario de todos los tiempos.—Asturianos descubridores.—Fray Marcos de Niza.—Primeras noticias de Cíbola.

Los Estados norteamericanos de Nuevo México y Arizona vienen celebrando durante los años 1940 y 1941 el Cuarto Centenario de su descubrimiento por españoles. Se enorgullecen de su rancia y noble estirpe y han deseado proclamarlo *urbi et orbe* recordando y honrando a los que pisaron por primera vez su suelo y a los que tras de ellos lo cultivaron y civilizaron.

Cautivados por los episodios fascinadores que llevaron al descubrimiento de las regiones del Suroeste de los Estados Unidos, abrigábamos de tiempo atrás la esperanza de recorrer esos lugares,

y hemos tenido la fortuna de realizarlo recientemente, todavía durante la celebración del sonado Centenario.

Sin representación oficial alguna, y quizá, por eso, con sólo y—nada ménos—nuestra condición de españoles, hemos recogido, siguiendo las huellas de aquellos varones ejemplares o contemplando las obras que legaron, emociones incalificables que han acendrado, más aún, nuestra fe en los destinos de nuestra Patria.

Las fiestas del Cuarto Centenario, a alguna de cuyas ceremonias pudimos asistir, tuvieron su centro en Santa Fé, capital de Nuevo México, y conmemoraban muy singularmente la famosa expedición de Francisco Vázquez de Coronado, Gobernador de la Nueva Galicia, a través de Nuevo México y Arizona en los años de 1540 y 1541. Todas ellas fueron exponentes y pregones de la recia y civilizadora obra de los españoles en aquellas regiones, como lo fué en el resto de América.

Se organizó una cabalgata que reconstruía la entrada de Francisco Vázquez Coronado y sus compañeros en Nuevo México; se escribieron y representaron obras teatrales sobre el mismo tema; en la Universidad de Albuquerque, que, como universitarios ovetenses visitamos, se organizó una serie de conferencias alusivas; se estamparon interesantes libros históricos acerca del mismo asunto; se pusieron a lo largo de las carreteras y en determinados lugares placas conmemorativas de sitios y rutas históricas, y, en fin, y como atracción de turistas, hubo danzas y fiestas de carácter popular. Todo ello representa, naturalmente, una propaganda sólida y de gran alcance para la obra y los métodos de España en América y para la rectificación de los erróneos conceptos que los Prescott y los Irving han difundido por los países de habla inglesa.

Sin embargo, para el que visite esos lugares sin la ceguedad característica del turista gregario o del prejuicioso historiador, el monumento más impresionante y destacado, erigido a la gloria de España, es la persistencia del idioma castellano y de la religión católica (en proporción de un 80 o 90 % de la población en Santa Fé y sus alrededores), incluso entre los indios de las reservaciones, a

más de 500 kilómetros de la frontera mexicana y a un siglo de la anexión a los Estados Unidos. Oír el español cadencioso, arcaico y suavizado—sin las aristas—de la c y z, y de nuestra j—y escuchar el tañido de la campana en las iglesias de adobe en Tesuque, Santa Clara, Española o San Gabriel de los Caballeros, por ejemplo, produce una impresión imperecedera y de hondísimas y evocadoras resonancias.

Vale la pena poner ante los lectores una visión, aunque rápida, de los hechos históricos que rememoran con tal complacencia y orgullo los habitantes de estos Estados y que, con capítulos, como los de la búsqueda de las siete ciudades de Cibola y la quimera dorada de Quibira, se dirían arrancados de las páginas alucinadas de los libros de caballería.

Pero antes, y como antecedente indispensable, debemos recordar la odisea de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el caminante más extraordinario de todos los tiempos, y los espejismos puestos por la fe y por aquellos inmensos desiertos ante la vista del piadoso franciscano Fray Marcos de Niza, que dieron lugar, precisamente, a la expedición de Vázquez de Coronado.

En el mes de junio de 1527 salió de Sanlúcar de Barrameda, al mando de Pánfilo de Narváez, una de las expediciones que había de tener más desastroso fin. Llevaba como objetivo la exploración y colonización de la Florida, descubierta catorce años antes por Ponce de León, y quizá le adelantara la secreta esperanza de descubrir la Fuente de Juvencio, a que Ponce de León había aludido. Entre los tripulantes figuraba Alvar Núñez Cabeza de Vaca, jerezano, de noble linaje, que llevaba el cargo de Tesorero y Alguacil Mayor. Después de sufrir reveses y desercciones en la Isla de Santo Domingo, que dejaron reducida la tripulación a 345 hombres, la expedición desembarcó en la Florida, en la bahía del Espíritu Santo, hoy Bahía de Tampa, el Viernes Santo de 1528. Comenzaron enseguida las exploraciones por aquellos difíciles terrenos llenos de dunas y de pantanos, e inmediatamente se cernieron sobre ellos las mayores desgracias. Sin subsistencias y rodeados de indios hos-

tiles, fueron disminuyendo con rapidez extraordinaria por la malaria, el hambre y las guerras; y habiendo perdido sus buques, pudieron, en condiciones difíciles, construir cinco toscos barcos con los que pensaban, costeando, llegar hasta las colonias de Nueva España, bien conocidas de Narváez. Sin embargo, los cinco barcos, uno tras otro, naufragaron, y con ellos todos los tripulantes, incluso el jefe Pánfilo de Narváez, y tan sólo 15 hombres pudieron reunirse en la Isla del Mal Hado, que ha sido identificada (Bishop, *The Odyssey of Cabeza de Vaca*) como la Isla de San Luis, al Suroeste de Gálveston.

Se conservan los nombres de estos quince hombres, de los cuales once no habrían de llegar con vida a tierra de cristianos: de todos, menos de uno, asturiano, por cierto, y sacerdote. Mientras en los relatos se dan los nombres y apellidos de los demás, a él sólo se le menciona como «el cura asturiano». La última noticia que los sobrevivientes tuvieron de él fué que había llegado, junto con un compañero, Figueroa, a la desembocadura del río Grande o río Bravo. Es muy posible que fuese también asturiano otro de los quince desgraciados náufragos que arribaron a la Isla del Mal Hado, Lope de Oviedo, menbrudo, de fuerzas hercúleas y único compañero, en la esclavitud de los indios, durante seis años, de Cabeza de Vaca.

(No debe extrañar que se tropiece con estos norteños en las primitivas aventuras americanas. En el descubrimiento y conquista de América, no sólo participaron andaluces y extremeños, aunque éstos preponderaron, ciertamente, sino gente de toda la Península. En otro lugar hemos dado a conocer los nombres y pormenores de once asturianos que «pasaron con Cortés», según se decía en la jerga de la época para distinguir a los que tomaron parte en la epopeya de Anáhuac de los que llegaron con posterioridad).

Al cabo de vicisitudes mil, tras de esfuerzos inauditos, sufriendo todas las penalidades y privaciones imaginables, lograron escapar de los brutales indios que los esclavizaron; y se reunieron en las orillas del río Nueces, en Texas, los únicos supervivientes de esta

desgraciada expedición y que fueron, Cabeza de Vaca, Alonso de Castillo Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza y el negro Estebanico. Y juntos, en el otoño de 1534, iniciaron la más extraordinaria caminata para llegar, dos años después, atravesando el Continente, hasta la costa del Pacífico, en tierras de Sinaloa, en la Nueva España.



Sólo el que conozca estos desiertos, que se extienden a ambas orillas del río Bravo y que continúan por Nuevo México, Arizona y buena parte de las Californias, puede darse idea de lo que significa caminar a pie, bajo un sol de maldición, por tierras secas y áridas, en donde, por excepción llueve, y sin otras plantas que algunos cactus espinosos, las yucas, mezquites y huizaches, de los que poco o ningún sustento se puede obtener. Pues, por ellos anduvieron dieciséis mil kilómetros estos cuatro hombres, desnudos y hambrientos, guiados, con obsesión, por el sol poniente y por la esperanza de encontrar hacia ese rumbo pobladores de la Nueva España, y librándose de la esclavitud, porque los indios los habían

investido providencialmente, de un extraño poder de curación que los elevó a la categoría de semidioses.

Así—y es sumamente interesante el itinerario reconstruido—cruzaron el río Grande hacia el Sur, en Reinosá, del estado mexicano de Tamaulipas; pasaron por los Aldamas y siguieron río arriba el Pesquerías, en Nuevo León; en Coahuila anduvieron por Monclova, bajaron el curso del río Salado hasta su unión con el río Sabinas, en las infaustas—por muy particulares motivos para el que esto escribe—tierras de las haciendas del Alamo y Encinas, y tomaron al Norte por las sierras de la Bahía y del Burro, para atravesar de nuevo el río Grande, un poco más arriba de su confluencia con el Pecos; siguieron en Texas por Sanderson y Alpine y, de nuevo a orillas del Bravo, lo cruzaron definitivamente por San Elizario, a treinta kilómetros del Paso, para internarse en el Estado de Chihuahua, pasar la Sierra Madre y recorrer corriente abajo el río Yaqui. Por fin, oyeron hablar de españoles que recorrían esa región al mando de un capitán Alcaraz, y ante ellos se presentaron, acompañados de una cohorte de indios que desde hacía tiempo los seguían por mor de sus virtudes curativas. El emocionante encuentro de estos cuatro fantasmas de hombres con los asombrados soldados españoles fué a mediados de marzo de 1536, y alrededor del 1.º de mayo fueron recibidos con gran entusiasmo en Culiacán por Melchor Díaz, el que, cuatro años después, había de morir descubriendo la desembocadura del río Colorado. Tras breve descanso, salieron para Compostela, en el territorio de Tepic, donde los agasajó el Gobernador de la Nueva Galicia Nuño de Guzmán, antecesor en el cargo de Francisco Vázquez de Coronado, personaje central de las fiestas del cuatricentenario que nos llevaron a Nuevo México y Arizona. En la ciudad de México fueron objeto, por parte del Virrey Antonio de Mendoza, y del mismo Hernán Cortés, de grandísimos honores. «E nos dieron de vestir y ofrescieron todo lo que tenían—según relata el propio Cabeza de Vaca—y el día de Santiago hubo fiestas y juegos de cañas y toros». Con cartas muy laudatorias de recomenda-

ción para el Emperador, salieron para España Cabeza de Vaca, Castillo y Dorantes, quedándose en la Nueva España el negro Estebanico. Cabeza de Vaca, premiado por el Rey, fué nombrado Adelantado del Río de la Plata, pero intrigas y nuevas desgracias habían de hacerle acabar sus días desengañado de la vida.

Grande fué la curiosidad y el interés que en México despertó la llegada de los cuatro viandantes, que entre las noticias de las desgracias sufridas y de las tierras que recorrieron, daban la de haber oído que más al norte de la Sierra Madre y de los despoblados que ellos conocieron, existían pueblos notables por su «policia», esto es, por sus buenas reglas de vida en común, que habitaban en casas de varios pisos, que se vestían de lana y donde abundaban las turquesas y quizá el oro; y no faltó entre los indios que les acompañaron en las últimas jornadas quienes dijera que tales maravillas eran comunes y corrientes en cualquiera de las siete ciudades de Cibola. ¡Cibola!

Esos relatos hicieron que el Virrey Mendoza, celoso de todo lo que podía aumentar las tierras y los tesoros de su Cesárea Majestad, decidiera organizar una expedición al cuidado del muy piadoso franciscano Fray Marcos de Niza, recién llegado de Quito «docto no sólo en Teología pero aún en la Cosmografía y en el arte de la mar». Con él irían Estebanico el Negro y todos los indios que habían llegado con él y con Cabeza de Vaca, procedentes de las regiones por donde se decía estaban esas misteriosas ciudades de Cibola.

Las minuciosas y prudentes instrucciones que el Virrey entregó a Fray Marcos de Niza incluyen las de anotar la gente que viese y su manera de vivir, la calidad de la tierra, clima, fauna y flora, ríos, piedras y metales, así como las noticias de la costa «porque podría ser estrechase la tierra y entrar algún brazo de la mar la tierra dentro», y de ciudades grandes que encontrase «donde hubiese buen aparejo para monasterio y enviar religiosos que entendiesen en la conversión».

El viaje se realizó tal como estaba previsto. Salieron de la vi-

Illa de San Miguel, en la provincia de Culiacán, el 7 de marzo de 1539 y recorrieron 300 leguas castellanas, o, lo que es lo mismo, alrededor de 1.500 kilómetros en 77 días. Entonces alcanzaron, según el dicho de Fray Marcos de Niza, a dar vista a la primera de las siete ciudades de Cibola, en el lugar que hoy ocupa el pueblo indio de Zuñí, en Nuevo México.

De regreso en México rendía al Virrey, con fecha 2 de septiembre, una detallada Relación que despertó en toda la Colonia un interés extraordinario, un verdadero alboroto. Dice en esa Relación que, caminando siempre al Norte, «por donde me guió el Espíritu Santo, sin merecello yo», iba interrogando a los indios que encontraba, los cuales le daban noticias cada vez más entusiastas de las tierras que habría de encontrar yendo hacia Cibola. Le hablaron de lo ricas que eran en oro y que «esas siete ciudades eran muy grandes, todas debajo de un señor y de casas de piedra y cal, las más pequeñas de un sobrado (piso) y azotea encima y otras de dos y tres sobrados, y la del señor de cuatro, y en las puertas de las casas principales muchas labores de piedra turquesas, de las cuales hay en gran abundancia; y que las gentes de esas ciudades andaban bien vestidas».

Explica, que Estebanico el Negro, que caminaba siempre tres jornadas adelante de Fray Marcos, le iba dejando señales a lo largo del camino, y le enviaba mensajes para darle noticias del viaje y animarle a proseguirlo por ser muy buenas las informaciones que obtenía. Tan buenas que, dice el buen padre «cada día se me hacía un año con el deseo de ver pronto lo de Cibola». Faltando tan sólo tres jornadas, uno de los indios que acompañaba al negro llegó en su busca «aquezado el rostro y mostrando harta tristeza en su persona» y le contó que Esteban, así como gran parte de los indios que le acompañaban, había sido muerto a flechazos por los pobladores de la ciudad una vez que hubo entrado en ella. Ante estas noticias dudó mucho cual había de ser su deber, pero viendo la inutilidad de aventurarse a entrar en el pueblo, decidió que por lo

menos había de ver la ciudad de Cibola «la cual está asentada en un llano a la falda de un cerro redondo».

Y la describió así, aunque advirtiendo que la había visto a lo lejos: «Tiene muy hermoso parecer de pueblo, el mejor que en estas partes yo he visto; son las casas por la manera como los indios me dixerón, todas de piedra con sus sobrados y azoteas, a lo que me pareció desde un cerro donde me puse a vella. La población es mayor que la cibdad de México; algunas veces fuí tentado de irme a ella, porque sabía que no aventuraba sino la vida, y ésta la ofrescí a Dios el día que comencé la jornada; al cabo temí, considerando mi peligro y que si yo moría, no se podría dar razón de esta tierra, que a mi ver es la mayor y mejor de todas las descubiertas».

Y con estas se volvió, «con harto más temor que comida y todo lo más apríea que pude», para dar cuanta al Virrey de todo ello. Y se armó en la Colonia tan gran revuelo con lo de Cibola y sus siete ciudades, que inmediatamente se organizó la expedición de Francisco Vázquez de Coronado, que descubrió las tierras de Arizona y Nuevo México, cuya conmemoración se está celebrando todavía con tanto pábulo y brillantez en la vieja ciudad de Santa Fé.

México, septiembre 1941.

II

Las hipérbolos de Fr. Marcos.—Pretendientes a la conquista de Cibola.—La expedición de Vázquez de Coronado.—El desencanto de Cibola.—El descubrimiento del Gran Cañón del Colorado.—Acoma y el río Grande.—Búfalos.—El mito de Quivira.

No se limitó el buen Fray Marcos de Niza a estampar en su Relación al Virrey las impresiones de lo que había visto en su viaje al Norte y de lo que había «vislumbrado» en lontananza como

principio del Reino de Cíbola, sino que, al parecer, en sus conversaciones con los personajes conspicuos de la Colonia, había dado rienda suelta a su fantasía sobre aquellas misteriosas y maravillosas tierras, amparándose en un cauteloso «me dijeron».

Eso explica que el Obispo Zumárraga, en carta a un amigo de España, diga: «El Padre oyó hablar de historias de camellos y dromedarios». Y otro sacerdote, en carta dirigida a Burgos, expresa que, según Fray Marcos, muchos de los habitantes de Cíbola usaban trajes de seda que les llegaban hasta los pies, y que «de la riqueza de esas tierras no le digo nada porque según he sabido no se ha visto nada igual. El Padre mismo me lo dijo y además que vió un templo de ídolos cuyas paredes así por dentro como por fuera estaban cubiertas por piedras preciosas. Creo que me dijo que eran esmeraldas. También dijo que más allá de Cíbola había camellos y elefantes».

Con todo esto era natural que se armara un revuelo tremendo en la ciudad de México y en todo el ámbito de la Nueva España, hasta el punto de que los más afamados capitanes se disputaran el honor y el derecho de encabezar la expedición, que inmediatamente comenzó a organizarse para continuar la exploración de Cíbola y sus siete ciudades. Y así, Hernán Cortés, incansable en su afán de dilatar los dominios del Emperador, aducía ante el Consejo de Indias, al quejarse de que el Virrey no le hubiera concedido la preferencia, sus méritos como descubridor del Golfo que lleva su nombre; y Hernando de Soto, el que al año siguiente habría de descubrir el río Mississippi, siglo y cuarto antes de que lo recorriese el heroico Lasalle, reclamaba ante el mismo Consejo su derecho de prioridad, que fundaba en las capitulaciones hechas con el Rey tres años antes para conquistar, pacificar y poblar el territorio de Florida al Oeste y en el que él incluía las tierras descubiertas por Cabeza de Vaca y Marcos de Niza; y Pedro de Alvarado, el arrojado capitán, descubridor y poblador de Guatemala, de regreso de España, pedía también que se le permitiera emplear para ese fin la flora que tenía preparada en Acapulco para ir a las islas de la Es-

peciería; y también reclamaba Nuño de Guzmán, el ex-Gobernador de la Nueva Galicia, y muchos otros más. El Consejo de Indias zanjó las disputas, dejando a la libre decisión del Virrey la designación del jefe que había de encargarse de conducir la expedición. Y D. Antonio de Mendoza, en uso de su facultad, designó a D. Francisco Vázquez de Coronado, joven salmantino de noble familia y grandes prendas, Gobernador de la Nueva Galicia.

Y se organizó la más lucida y vistosa caravana que jamás se había visto en la Nueva España, bien abastecida además de elementos de boca y obra para poder subsistir en los más apartados lugares hasta por tres años. Se componía de 287 soldados españoles, de ellos 225 montados, 5 religiosos, indios del centro del país encargados de trabajos auxiliares y de cuidar los rebaños de cerdos y borregos; y algunos indios del Norte como guías y lenguas o intérpretes. El domingo 22 de febrero de 1540 pudo el Virrey pasar revista en Compostela a la brillante tropa, en la que figuraba la flor y nata de los caballeros de la Nueva España; muchos de ellos endurecidos en las guerras de Italia y de Francia y casi todos con experiencia en el Nuevo Mundo. Las crónicas mencionan a Lope de Samaniego, Pedro de Tovar, Tristán de Arellano, Diego de Guevara, Garci López de Cárdenas, Rodrigo de Maldonado, Diego López, Alonso Manrique de Lara, Hernando de Alvarado, Melchor Díaz, Juan de Zaldívar, Lope de Urrea, Juan Gallego, Andrés Docampo, Juan de Céspedes, Pablo de Melgosa, los cronistas de la jornada Pedro de Castañeda y Juan Jaramillo, y hasta un pintor, de Carmona, Cristóbal de Quesada, que según su dicho «fué a lo de Cibola a pintar las cosas de la tierra». Los religiosos, todos franciscanos, y que, según las reglas de la época siempre caminaban a pie, eran Fray Marcos de Niza, responsable y guía de la expedición, Fray Antonio Victoria, Fray Luis de Escalona, Fray Juan de la Cruz y Fray Juan de Padilla.

Salió el brillante ejército rumbo al Norte el 23 de febrero, y durante dos días el Virrey les hizo compañía subrayando con eso la importancia que daba a la expedición y su deseo de que alcan-

zara el mejor éxito. Y andando el camino de Fray Marcos de Niza y después de establecer a lo largo del mismo diferentes poblados y puestos de enlace, llegaron frente al pueblo donde encontró su muerté un año antes el negro Estebanico, pequeña aldea llamada Hawikuh, hoy desaparecido, pero que se encontraba a corta distancia del actual poblado de Zuñi. Había andado la expedición hasta entonces 500 leguas, o sea, cerca de dos mil quinientos kilómetros desde la ciudad de México, y se hallaba en el umbral del paraíso descrito por Fray Marcos de Niza. La primera ciudad de las siete prometidas fué tomada, pero en ella no se encontró ni oro, ni piedras preciosas, ni sedas, ni dromedarios. Sus feroces pobladores, indios de la tribu de los «pueblos», de contextura robusta y roja piel, vestían pobremente de algodón y de cueros y comían maíz y carnes de los animales de la tierra. Lo único que quedaba en pie del relato de Fray Marcos de Niza eran las turquesas, usadas como adorno por hombres y mujeres, y las casas de adobe, pero con azoteas y pisos superpuestos hasta dos o tres, comunicados por el exterior con escaleras de mano.

Apenas llegados a Hawikuh, Fray Marcos de Niza regresó enfermo a México, junto con unos propios enviados por Coronado con mensajes para el Virrey. Es posible que el padre franciscano no participara del desencanto de los expedicionarios. La Cíbola, tras la cual él iba, no era tangible y material; era más bien una labor a realizar y esa ya estaba emprendida. El tesoro que le impulsaba no era de metales ni de piedras preciosas. Eran criaturas dejadas de la mano de Dios y a las que era preciso redimir de su miseria física y moral, y esas ahí estaban, más necesitadas que otras de auxilio de cristianos. Y gracias a él, Cibola fué conquistada, y el inapreciable valor de esa conquista lo tenemos hoy todavía cuando oímos a indios pueblos, navajos y hopis hablarnos en castellano y orando a Dios en sus templos de adobe.

Peró D. Francisco Vázquez de Coronado no podía ni debía desanimarse ni dar por perdido su esfuerzo. Había que ampliar los ámbitos del imperio y ganar súbditos para su Cesárea Majestad.

Así lo dijo por escrito al Virrey y al propio Carlos V, y así lo hizo. Estableciendo en Zuñi su campamento o real, destacó varias partidas a diferentes puntos cardinales para tener una idea completa de la tierra y poder dar de ella el mayor número de noticias.

Primeramente envió a Pedro de Tovar a explorar tierras del Occidente, de donde trajo informes de los pueblos de Tuzán o Tusayán, hoy comprendidos dentro de las reservaciones de los indios Hopis. Para ampliar esta exploración comisionó luego al Maestre de Campo Garci-López de Cárdenas, con doce compañeros, los cuales tuvieron el privilegio de descubrir el hoy famoso Gran Cañón del Colorado, reputado, con razón, como una de las maravillas de la naturaleza. Pero antes, a treinta leguas de Zuñi, tocóles atravesar el llamado «Desierto Pintado», espectacular paisaje de áridas montañas cuyos estratos aparecen teñidos de diferentes llamativos colores; y dentro de este extraordinario terreno tropezaron sin duda con la «Foresta Petrificada», un verdadero bosque de corpulentos árboles caídos y transformados en piedra por la acción de los siglos y de las aguas, bajo las cuales estuvieron sumergidos, pero que hoy, y también entonces, ante los asombrados ojos de aquel puñado de españoles, se admiran obstruyendo con sus troncos fosilizados aquéllos eriales. Y por si esto fuera poco, les aguardaba la sorpresa de esa fenomenal erosión del Colorado, de 15 a 20 millas de ancho, y en cuyo corte estratigráfico (más profundo que lo que va de la cima del Aramo al Valle del Nalón) se puede leer, como en un libro abierto, la historia del mundo. Habrían de transcurrir 300 años para que ojos anglosajones contemplasen ese espectáculo, que desde entonces atrajo a una ininterrumpida peregrinación de visitantes del mundo entero.

Un soldado anónimo de los de la partida, que hizo la crónica de este viaje, describe así el descubrimiento del Gran Cañón: «Andadas 50 leguas de Tuzán al Poniente, e 80 de Cíbola, halló (López de Cárdenas) una barranca de un río que fué imposible por una parte ni otra hallarle baxada para caballo, ni aún para pie, sino por una parte muy trabajosa por donde tenía casi dos leguas de



baxada. Estaba la barranca tan acantillada de peñas, que apenas se podía ver el río, el cual, aunque es según dicen tanto o mucho mayor que el de Sevilla, de arriba parecía un arroyo». La exploración del Colorado fué completa en aquel año de 1540. No sólo se hizo por la parte del Gran Cañón sino que al mismo tiempo, Hernando de Alarcón, que había salido de Acapulco en barco para cooperar con Coronado, descubrió la desembocadura y en dos barcasas reconoció, corriente arriba, unas cuantas leguas levantando planos y recogiendo interesante información. Y Melchor Díaz, por instrucciones de Coronado, saliendo de Sonora en el mes de noviembre llegó, después de atravesar el desierto de Altar, en donde aun hoy todos los años perecen de sed los poco prevenidos viajeros, a tropezar y recorrer el mismo río a la altura de Yuma, o sea a 150 kilómetros de su desembocadura en la confluencia con el río Gila. Después de atravesarlo, siguió cinco o seis jornadas más adelante y hacia el Sur por los médanos y desiertos de la Baja California, y al regreso, junto al propio Colorado, murió de un accidente.

Simultáneamente con estas excursiones al Poniente, envió Vázquez de Coronado a explorar la parte de Levante a Hernando de Alvarado, pariente de Pedro y de Gonzalo y, como ellos, de gran temple, y éste descubrió el Río Grande y los pueblos de indios que existían en sus orillas. En su ruta y a sólo treinta leguas de Cibola, descubrió el extraordinario pueblo de Acoma, que había de ser famoso en la historia del Nuevo México por los notables episodios que en su derredor ocurrieron. Se trata de un pueblo colocado en lo alto de una roca escarpada que se levanta como un islote sobre la llanura, y que sólo tiene acceso por alguna difícilísima vereda escarbada en la propia roca. Tuvo Alvarado más suerte que otros españoles que a lo largo de un siglo le sucedieron por aquellas tierras, pues los habitantes del pueblo lo recibieron en paz «aunque bien pudieran excusarlo e quedarse en su peñol sin que los pudiéramos enojar», dice un cronista, y agrega: «diéronnos mantas de algodón, cueros de venados e de vaca (búfalo) e

turquesas e gallinas, e la demás comida que tienen, que es lo que en Cibola».

Conocidas las noticias que dió Alvarado de las tierras por él exploradas, decidió Coronado trasladar su campamento a orillas del Río Grande y lo estableció en Tiguex (hoy Bernalillo), donde las comisiones oficiales de los festejos del Cuarto Centenario han levantado en su honor un monumento. Desde allí, en el año de 1541, había de emprender, con una parte de su ejército, otra extraordinaria caminata de más de 4.000 kilómetros, por las llanuras de Texas, Oklahoma y Kansas, tras de otro mito, escuchado de labios de indios interesados en perder y aniquilar a los españoles: el mito del oro de Quivira, del que resultó el descubrimiento de los ríos Arkansas y Kansas, afluentes del Missouri, hasta cerca de la actual ciudad de Topeka y más exactamente hasta el pueblo de Lindsborg a los 39º, en el centro mismo, podríamos decir, del vasto territorio de los Estados Unidos.

No encontraron allí oro ni metal precioso alguno, pero sí probaron en aquellas interminables llanuras, llenas de manadas de búfalos, su resistencia física y la tenacidad de su carácter, pues en los cinco meses consecutivos (de abril a septiembre) que duró esa excursión, soportaron todas las asechanzas del extremado calor, de la sed, del escorbuto y de los indios querechos, teyas y wichitas o quíbiras. Veamos cómo describe un soldado su encuentro con los búfalos: «Al principio de estos llanos halló (Coronado) un río pequeño (río Pecos) que corre al Suroeste, e a cuatro jornadas halló las vacas, que son la cosa más monstruosa de animales que se ha visto ni leído. Siguió este río cien leguas hallando cada día más vacas de las cuales nos aprovechábamos a los principios hasta que tuvimos experiencia con el riesgo de caballos. Hay tanta cantidad que no sé a que lo compare sino a pescados en la mar, porque así desta jornada como en la que después todo el camino hicimos yendo a caballo hubo tantas que muchas veces íbamos a pasar por medio dellas e aunque quisiéramos ir por otro cabo no podíamos porque estaban los campos todos cubiertos. Es la carne dellas tan

buena como la de Castilla y aún algunos decían que mejor. Los toros son grandes e bravos aunque no seguían mucho; pero tienen malos cuernos y un apretón dándole bueno arremetiendo bien; matáronnos algunos caballos e hirieron muchos; la mejor arma para aprovecharnos dellos hallamos que es arma en astada para arrojarla e arcabuces cuando está parado». Y así pondera la tediosidad de las llanuras: «En estos llanos que son como quien anda por el mar, por no haber camino ni poder apartarse del campo, que en perdiéndole de vista se quedaba perdido, e así se nos perdió un hombre e otros». Vázquez de Coronado, que llevó personalmente la expedición hasta Quivira, dice así, en carta dirigida al Emperador: «Y con solos los treinta de a caballo, que tomé por mi compañía, caminé 42 días, después que dejé la gente, sustentándonos en todos ellos de sola la carne que matábamos de toros y vacas, a costa de algunos caballos que nos mataban, porque son, como he escrito a V. M., muy bravos y fieros animales; y pasando muchos días sin agua y guisando la comida con freza de vacas, porque no hay ningún género de leña en todos estos llanos, fuera de los arroyos y ríos, que hay bien pocos». Y respecto de la tierra y la gente de Quivira, dice lo siguiente: «Plugo a Nuestro Señor que, al cabo de haber caminado por aquellos desiertos sesenta y siete días, llegué a la provincia que llaman Quivira, donde me llevaban las guías y me habían señalado casas de piedra y de muchos altos; y no sólo no las hay de piedra, sino de paja; pero la gente dellas es tan bárbara, como toda la que he visto y pasado hasta aquí, que no tienen mantas, ni algodón de qué las hacer, sino cueros que adoban, de las vacas que matan, porque están poblados entrelas en un río bien grande. Comen la carne cruda, como los querechos y teyas. Son enemigos unos de otros, pero toda es gente de una manera; y estos de Quivira, hacen a los otros ventaja en las casas que tienen y en sembrar maíz. En esta provincia, de donde son naturales las guías que me llevaron, me recibieron de paz, y aunque cuando partí para allá me dijeron que en dos meses no la acabarían de ver toda, no hay en ella, y en todo lo demás que yo ví y

supe, más de veinticinco pueblos de casas de paja, los cuales dieron la obediencia a V. M. y se pusieron debajo de su Real señoría. La gente dellos es crecida y algunos indios hice medir y hallé que tenían diez palmos de estatura; las mujeres son de buena disposición, tienen los rostros más a manera de moriscas, que de indias». Y más adelante dice: «La provincia de Quivira está de México novecientas y cincuenta leguas, por donde yo vine está en cuarenta grados. La tierra en sí es la más aparejada que se ha visto para darse en ella todas las cosas de España, porque además de ser en sí gruesa y negra y tener muy buenas aguas de arroyos y fuentes y ríos, hallé todas las cosas de España y nueces y uvas y dulces y muy buenas moras. A los naturales de aquella provincia y a los demás que he topado por donde pasé, he hecho todo el buen tratamiento posible, conforme a lo que V. M. tiene mandado; y en ninguna cosa han recibido agravio de mi ni de los que han andado en mi compañía».

Poco después de haber llegado a Tiguex, de regreso, se cayó Vázquez de Coronado de un caballo y como consecuencia estuvo imposibilitado por algunas semanas. Esto y el deseo de dar cuenta al Virrey de los resultados de la expedición, impulsóle a regresar a México en la primavera de 1542.

Y así terminó el sueño de Cíbola. La ilusión de lo maravilloso se disipó, pero en su lugar quedó como realidad la extensión del Imperio español sobre tierras descubiertas con superficie superior a cuatro veces la de España y sobre súbditos de una nueva raza, la cobriza, que con el cristianismo habrían de recibir el respeto a su vida y a su personalidad de hombres, hermanos en Cristo de todos los demás de la tierra, no importa la raza ni el color de la piel; que esta ha sido la misión de España y la característica de su Imperio y de su imperialismo, distinto a todos los que en el mundo han sido.

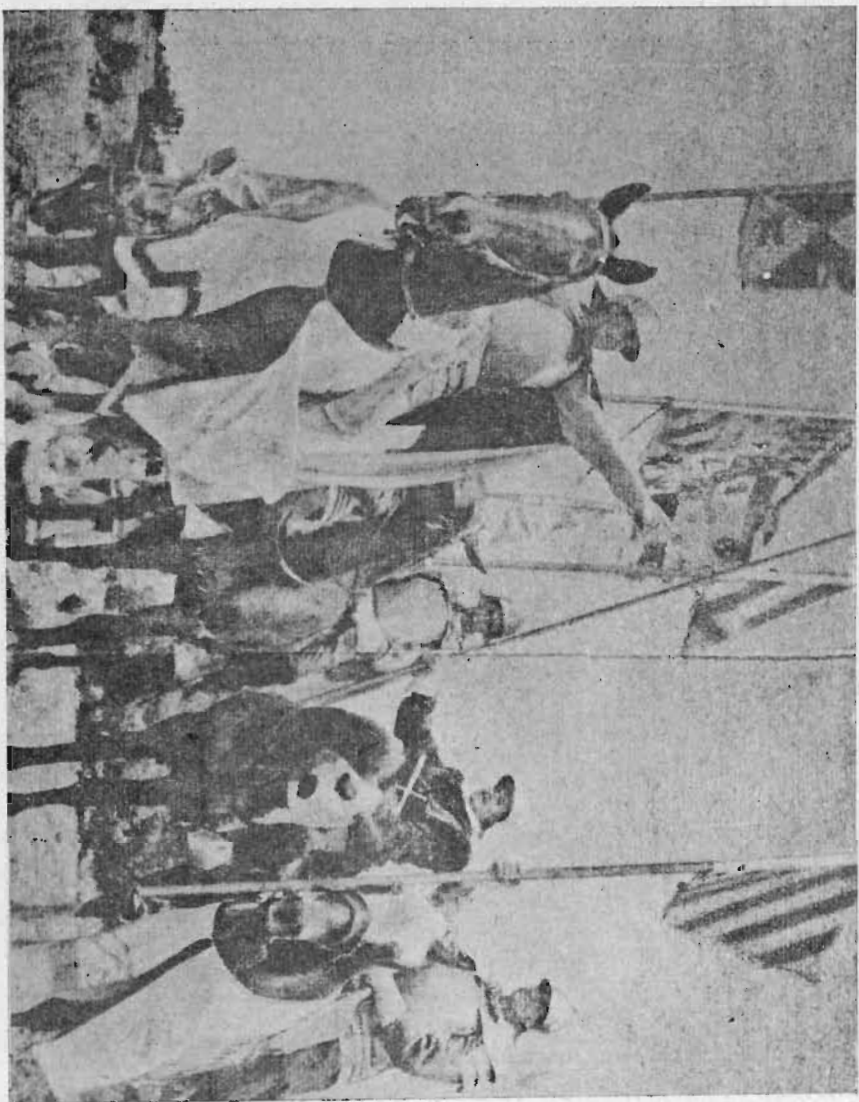
Algunas crónicas dicen que Vázquez de Coronado «regresó a México con toda su gente», pero no fué así: Allí, en aquellas inhóspitas tierras se quedaron, solos y aislados, tres hombres, tres

franciscanos: Fray Juan de la Cruz, Fray Luis de Escalona y Fray Luis de Padilla, que prefirieron quedarse en la Cibola conquistada para emprender una nueva senda, la senda de misión, de evangelización, que había de ser —al serlo— el camino de su martirio y de su muerte.

Pero esto merece capítulo aparte.

México, octubre 1941.

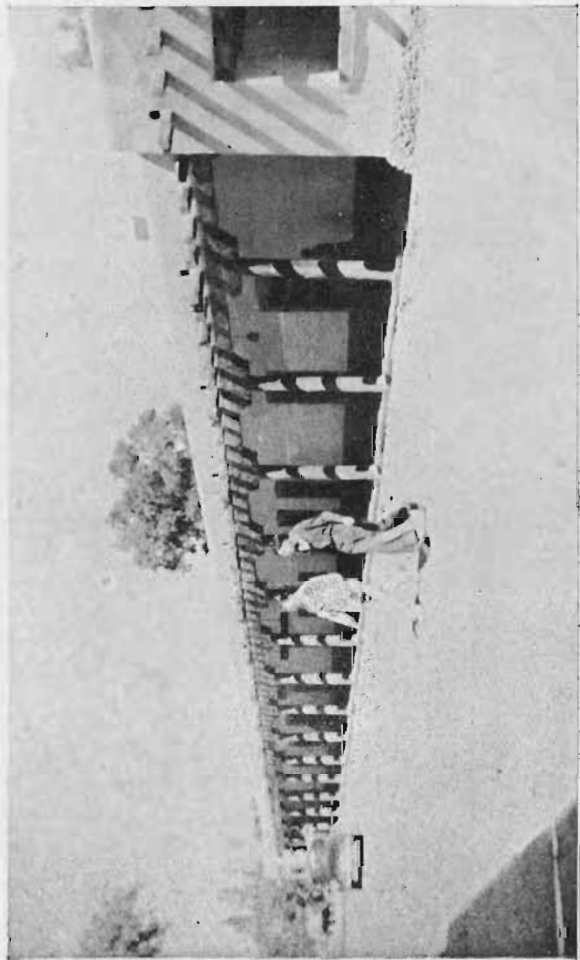
El próximo artículo se titulará «SENDAS DE MISION».



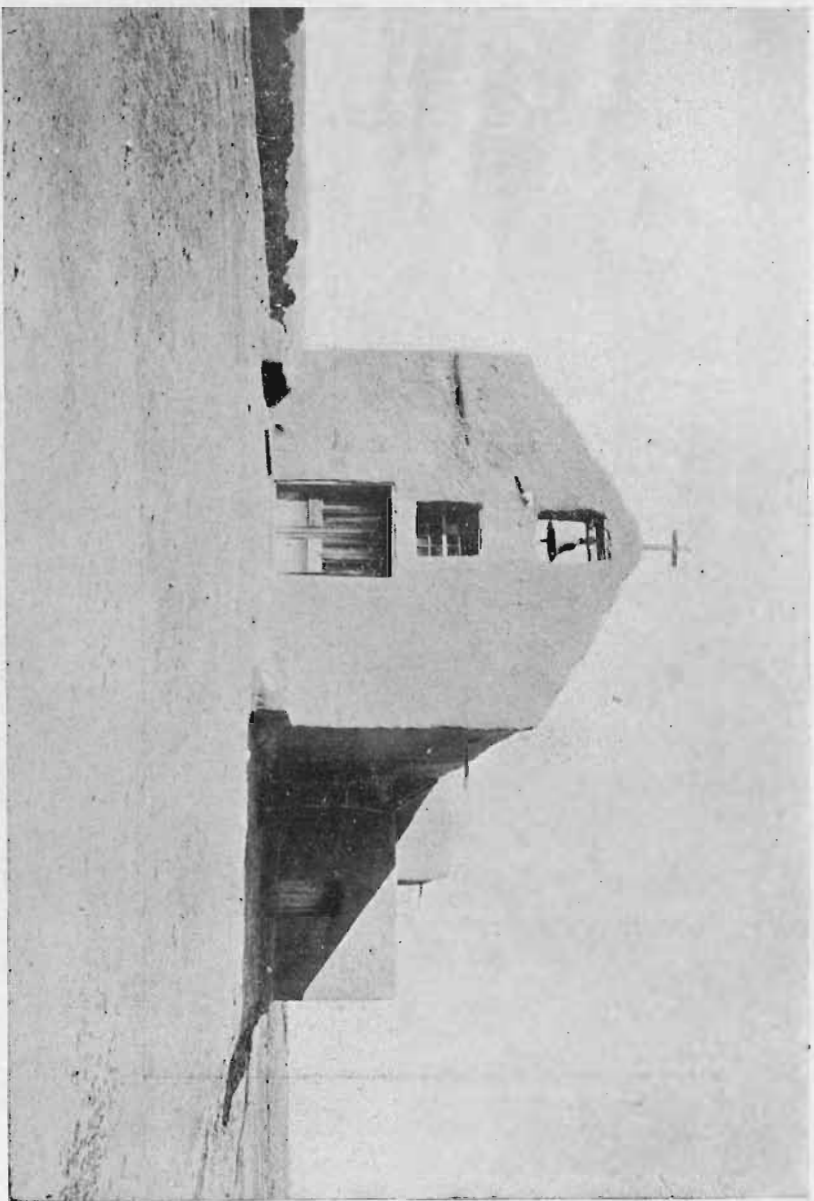
Desfile histórico en que se representa los Capitanes españoles de 1530.



Un piel roja, de la tribu de los pueblos, llamado Jerónimo Naranjo, que es católico y habla en español.



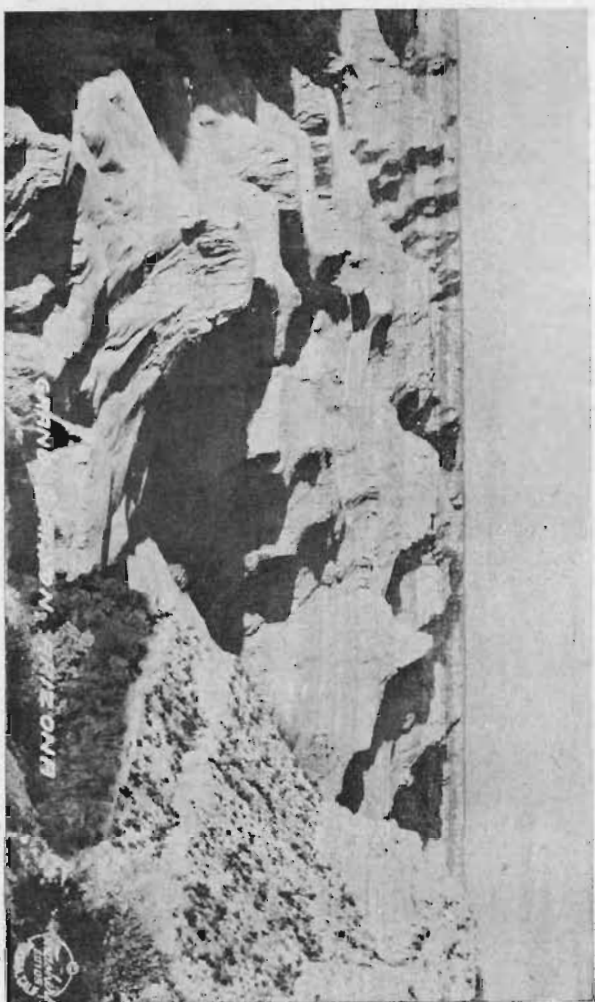
El palacio de los Gobernadores españoles en Santa Fé, capital de Nuevo México.



El símbolo de la Cibola conquistada: una iglesia de adobe en un poblado de pieles rojas en Nuevo México.



La foresta petrificada en Arizona.



El Gran Cañón del río Colorado, descubierto en 1540 por López de Cárdenas con doce españoles.